

## ROJO WESTERN (extracto) Isabelle Wéry

Editions Au Diable Vauvert

El Gato me espera en el aeropuerto. Como estaba acordado. Es un retaco mal afeitado que no para de retorcer un llavero enorme. Una especie de mini Arnold Schwarzenegger. Pero en gato.

Me pregunta en francés, con un acento español tan denso que podría cortarse con un cuchillo: «¿Eres la señora Vanina?». «Señorita, respondo, señorita Vanina». Y, sin rechistar, el Gato agarra mi maleta. Creo que nos caemos bien al instante. Me abre la puerta de su viejo BMW. Un modelo muy *vintage* de color estanque verde sucio. En el lado del pasajero, un montón de envoltorios vacíos. Se apresura a esconderlos. Con unas pocas pistas, me hago una radiografía de los retazos de la historia de este tío. Arranca el motor de la antigualla y el paisaje andaluz empieza a desfilar.

Nos adentramos en las zonas desérticas de los alrededores de la gran ciudad. ¡Impresionante! De golpe y porrazo, estamos fuera de toda civilización, en unas tierras que recuerdan al planeta Marte o al Far West. En cualquier momento podría aparecer una diligencia. Los colores se vuelven rojizos, polvorientos. El viento lo barre todo. Del suelo se elevan espesas nubes de polvo. El calor empieza a molestar. Me pregunto si voy a soportarlo. Y es que tengo mil años, que se dice pronto.

Estamos ya lejos de la ciudad y vamos subiendo una montaña. En la cumbre, llegamos a la entrada de un pueblo. El Gato reduce la velocidad frenando en seco, mi viejo cuerpo se proyecta hacia delante, el cinturón de seguridad se me hinca en los huesos. Pero el Gato no se disculpa. Enciende la radio y suenan unos tíos cantando a toda leche, como si se hubieran pillado los dedos con una puerta blindada. Y esta vez nos aventuramos en un sendero que parece llevar al interior mismo de la tierra. Está lleno de piedras, de hoyos enormes. El coche va tironeando de uno a otro y yo me pregunto si el cacharro este va a resistir tanto golpe. Unas hojas de palmera sobredimensionadas azotan

nuestra expedición como para advertirnos de que no somos bienvenidos.

¿De verdad he hecho bien aceptando el regalo de cumpleaños de mis horribles sobrinos nietos? ¿Me habré pasado de ingenua? Mis dos hermanas están muertas. Yo soy la última. ¿Habrán maquinado alguna trampa mortal para librarse de mí y embolsarse nuestra colosal herencia? Qué listos han sido al regalarme un viaje por el sur de España. Saben que estaba deseando conocerlo antes de morir. ¿Y este Gato estará conchabado con mis sobrinos? ¿Me estará llevando a un rincón solitario para matarme de un tajo en la barriga con una navaja oxidada? Se detiene delante de un edificio y apaga el motor. Me dirige una mirada torva y dice con la voz más dulce del mundo: «Ya hemos llegado. Bienvenida, Anciana». Bueno, pues de momento no va a haber navajazo.

El lugar es sublimérrimo. En un entorno de rocas rojas y verdor, hay dispuestas dos casas blancas de forma cúbica. Las separa un enorme jardín de césped verde. En él hay excavada una piscina de agua azulísima. Aquí los ruidos del mundo quedan amortiguados. Solo los silbidos estridentes de pájaros invisibles perforan el horizonte. Suena el arrullo de un estanque cubierto de nenúfares. Los peces chapotean. Una brisa ligera acaricia las copas de unos cuantos eucaliptos. Varias palmeras cargadas de dátiles naranja chirrían suavemente, como viejas barcas amarradas. ¡Estoy ya en el paraíso, no cabe duda! Aquí voy a estar bien. ¡Si es que no es una trampa de mis taimados sobrinos! «Esa es tu casa», dice el Gato. En la fachada veo un cartel con el logo de Airbnb y el nombre «Cortijo del Pescado». ¡Así que voy a dormir en el cortijo de un pescado! ¡Un pescado en un cortijo, qué imagen tan bonita!

—Gato, esto es un cortijo cuyo dueño o dueña es o fue un pescado, ¿no?

—¡Sí, eso es —ríe—, el antiguo dueño era un pescado que ordeñaba vacas, criaba cerdos y cultivaba olivos!

—¡Qué historia tan bonita!

—Ese Mediterráneo que ves allí a lo lejos, Anciana, hace mucho tiempo llegaba hasta aquí. ¿Ves los estratos en ese peñasco grande de allá? ¿Ves las capas de sedimentación? Aquí estaba el mar, el mar que lo cubría todo. El terreno, además, está lleno de sal. Con este sol que tanto calienta, puedes ver crecer la sal del suelo, como rizomas de champiñones. Ya verás, ya probarás nuestra tierra, ya probarás la sal.

Me gusta mucho este primer diálogo, un poco íntimo, con el Gato. La verdad es que es un tío con cabeza. En esa mirada a veces sombría hay también ternura. Presiento que vamos a poder charlar, e incluso echarnos juntos unos cigarros hasta bien entrada la noche. Me encanta la costumbre española de tutear de primeras a los desconocidos. Esa proximidad inmediata. Luego me sonrío con esos dientes podridos que tiene, como un cobertizo en ruinas, y coge mi maleta. Agotada, me despido del Gato, me tiro encima del cubrecamas, bordado por no sé qué mano, y caigo dormida en un sueño sin sueños.

Traducción: Silvia Moreno Parrado